

ENTREVISTA A ANA IRIARTE GOÑI  
CATEDRÁTICA DE HISTORIA ANTIGUA

MERCEDES MADRID NAVARRO

Ana Iriarte es Catedrática de Historia Antigua en la Facultad de Letras de la UPV/EHU (País Vasco). Se doctoró en 1986 en la ÉHÉSS de París con una Tesis titulada: *Parole énigmatique, parole féminine: à propos du langage figuré et de quelques figures de l'énigme*, dirigida por Nicole Loraux. Su publicación en castellano con el nombre de *Las redes del enigma. Voces femeninas en el pensamiento griego* (1990) constituyó una estimulante novedad por su enfoque pionero en lo que años más tarde se denominaría Estudios de Género.



Su curriculum como investigadora y docente es amplísimo. Ha realizado estancias de investigación en la ENS de Pisa, en el *Department of the Classics* de Harvard University y, de forma asidua, en el Instituto ANHIMA de París, del que es *Membre Associé*. Ha impartido cursos y conferencias en la Université de la Sorbonne-Paris 1, la Universidad de Buenos Aires, la Universidade Federal do Rio de Janeiro, la Universidad Nacional Autónoma de México, la Université Jean Jaurès de Toulouse (2016), etc.

Como especialista en la Historia de Grecia su investigación se ha centrado en el Teatro ático y la *Demokratía*, el uso político del mito, las identidades culturales y la violencia de género en la Grecia antigua, ámbitos de estudio que ha abordado desde una perspectiva antropológica que acerca cuestiones y complejidades del pasado a inquietudes y problemas del presente. Es autora de decenas de artículos y capítulos de libros en castellano y francés, de traducciones de autores como J.P.Vernant, N.Loraux o M.Daraki y de numerosas publicaciones monográficas y coediciones.

La lectura de las obras de Ana Iriarte no solo es una fuente sugerente de conocimiento sino también un gran placer por su prosa fluida e inteligente. En el prólogo de *Las redes del enigma*, N. Loraux escribió “...este libro da mucho. Mucho que aprender y que pensar. Todo ello en un estilo tan elegante como firme, con una discreta concisión en la que veo un envite para que el propio lector continúe el camino enigmático de la adivinación *en femenino*”.

*Han pasado ya varias décadas desde que presentaste tu tesis Parole énigmatique, parole féminine, en el EHESS ¿Cómo fue conseguir, según has escrito, el «raro privilegio» de tener como tutora a Nicole Loraux?*

Sí, escribí algo así en alguno de los textos dedicados a mi Directora de Tesis, el último de ellos en el colectivo dirigido por Antonio Duplá sobre las figuras de la historiografía del Mundo antiguo, que pronto publicará la editorial Urgoiti. Pero, ahora que lo subrayas, me parece que suena demasiado rotundo en castellano. En francés «le rare privilège» es una expresión muy habitual y creo que la traduje literalmente, en parte, para comunicar hasta qué punto vivo como un «privilegio excepcional» que Loraux me dedicara parte de su precioso tiempo y, en parte, por el hecho de que no llegó a dirigir tantas tesis como su posterior renombre llevaría a suponer. A ella no le atraía tanto la labor docente cuanto la investigadora y ser en extremo respetuosa con el *sungráphein*, en el sentido de «detallar por escrito»; cuidó mucho su redacción, hasta conseguir una prosa punzante y poética, sin ceder nada a la ficción.

En la era anterior a Internet, la composición de una obra densa y amplia como la suya llevaba mucho tiempo. Dicho esto, conseguir que me dirigiera no fue demasiado difícil. A finales de los años 70 ella acababa de aprobar su oposición de acceso a la enseñanza superior y todavía no había publicado los títulos que la dieron a conocer. En otras palabras, llegué en el preciso momento en que Loraux necesitaba alumnos a los que

dirigir. Si la temeridad de solicitarle una tutoría resultó ser el acierto de mi vida, fue sobre todo debido a la suerte, a la oportunidad del momento.

*Con la publicación de L'invention d'Athènes y de Les enfants d'Athènes, ambos en 1981, Nicole Loraux se posicionó como miembro destacado del «Ecole de Paris», una denominación que, por cierto, nunca complació a sus miembros.*

Pues sí, la diversidad de los intereses temáticos y posicionamientos con respecto a las grandes disciplinas –o sea, la Sociología, la Antropología, la Filosofía, la Historia propiamente dicha – fue creando personalidades muy diferenciadas entre sí. Mediaban abismos entre el enfoque filosófico de Vernant, tan reflexivo siempre con las particularidades de las nociones griegas, el comparatismo entre Helenismo y Judaísmo de Vidal-Naquet, los avances estructuralistas de Detienne, la Historia política de Mossé, el interés por el relato social de la iconografía griega impulsado por Lissarrague, los usos del concepto de *discours* o «relato» aplicados a la *Historie* por Hartog. Con los años, el distanciamiento se materializó en alejamiento espacial. Así, Detienne y Sissa se instalaron en los USA, en cuanto a Loraux, fundó su propio *Centre de recherches* en 1994: *L'antiquité au présent*.

En definitiva, los recorridos de los componentes de la llamada «Ecole de Paris» (así, sin acentos, como lo escriben los inventores norteamericanos de la denominación), fueron tan particulares que ya no se entiende por qué se les recuerda como emprendedores de «una» nueva corriente interpretativa. El año pasado, la revista *Mondes anciens* abordó la cuestión en un monográfico titulado «Qu'est-ce que faire école? Regards sur 'L'Ecole de Paris'». En la introducción al mismo, François De Polignac plantea la aguda suposición de que «la perspectiva del observador juega un papel determinante en la apreciación del fenómeno» (cito de memoria).

*En efecto, visto desde fuera, el grupo de París se presenta como una entidad colectiva fácilmente identificable. ¿Qué rasgos unifican a sus componentes en la forma de trabajar y en la mirada a la antigua Grecia?*

Observando como con un objetivo de gran angular –o sea, menos versallesca que De Polignac–, yo avanzaría que, en su devenir diversificado, todos aquellos helenistas se distinguieron por la crítica a las inflexibles observaciones sobre la Grecia antigua anteriormente aportadas tanto por el Materialismo histórico, como por el Estructuralismo, la *École freudienne*. Una crítica que realizaron desde la simpatía previa por estas

corrientes teóricas, o sea, desde un profundo conocimiento de las mismas y no desde el rechazo visceral, como suele ocurrir, en especial, con el Materialismo histórico. En *Historiografía y mundo griego* (2011), insistí en la importancia de este último matiz para entender el fondo del ejercicio de deconstrucción, es decir –por contradictorio que parezca–, para entender la dimensión constructiva de dicha crítica.

Es cierto que este posicionamiento común es demasiado abierto como para hablar de «una escuela». Pero también lo es que, pasado el tiempo, la historiografía necesita nombrar, clasificar al conjunto de helenistas que, después de todo, coincidieron en el objetivo de visitar la antigua Atenas, en un marco espacio-temporal preciso y –por qué no subrayarlo– desde una misma inclinación política hacia lo social.

Lo que parece claro es que, de mediados de los años setenta a mediados de los noventa, este grupo parisino procuró un verdadero renacimiento del helenismo. Sus miembros, revolucionaron la mirada hacia Grecia al reconsiderar esta civilización en su propio contexto histórico, como una cultura muy alejada ya en el tiempo más que como «cuna de Occidente», como una «cultura otra» que, eso sí, podía procurarnos pistas seguras para comprender la nuestra. Por supuesto, no se trata de un grupo de iluminados que brota de la nada. El grupo se inscribe en una sólida tradición de historiadores franceses que ya brillaron en la *École des Annales*, por ejemplo, con Marc Bloch; una tradición notablemente transformada por la *Anthropologie historique* del propio Louis Gernet, como bien ilustran los estudios de Ricardo Di Donato (*Per una Antropologia storica del mondo antico*, 1990, etc.). Lo cierto es que esta perspectiva antropológica, tal y como fue desarrollada por la «Ecole de Paris», resituó a los clásicos en un primer plano del panorama cultural de aquellas décadas, consagrando a dicha escuela como una etapa historiográfica relevante. Eso es todo y no es poco. Es, al menos, todo cuanto el oficio de helenista puede ofrecer en materia de consagración.

*En la actualidad parece que gran parte del legado de Vernant y Vidal-Naquet se ha diluido. No se les cita expresamente, sin embargo, es fácil percibir el eco de sus hallazgos, incluso en estudiosos que mostraron hacia ellos un cierto escepticismo, cuando no un abierto rechazo.*

*Le Centre L. Gernet*, como tal, se fue volatilizando con las sucesivas jubilaciones de sus precursores. De aquello hace más o menos un cuarto de siglo. Cosa diferente es su legado, que, como decía, marcó la historiografía del mundo griego y que subyace

clarísimamente no sólo en las diferentes tendencias analíticas francesas, también en los estudios anglosajones más citados en la actualidad, así –por evocar sólo a «dos grandes» –, en los ensayos de Martha C. Nussbaum o en los de Mary Beard. Las doctas reflexiones sobre ética antigua de la primera, poco tienen que ver con las pedagógicas lecciones de Historia de la segunda –sabia calibradora del alto grado de levedad en el tratamiento de los temas clásicos demandado por el consultante de Internet–, pero en ambas obras se reflejan con claridad los aciertos más sonados del grupo parisino.

En mi opinión, incluso los estudiosos que, como dices, mostraron «un abierto rechazo» a considerar el «Milagro griego» desde una perspectiva antropológica –o sobre todo ellos–, deberían agradecer al grupo parisino el impulso que, en pleno siglo XX, supo dar no sólo al helenismo, también a la propia disciplina histórica en su conjunto. Muchos han podido ganarse la vida y un cierto prestigio tratando de demoler las propuestas emitidas desde el «Centre Gernet». Cosa que, como digo, es digna de agradecer (risas).

*Desde la tesina que presentaste en 1980 sobre Casandra en la tradición literaria de la Grecia antigua, has retomado a menudo la figura de esta profeta troyana.*

¡Oh, sí, Casandra! Este personaje fue el punto de partida de mi trabajo sobre las intervenciones verbales que los escritores griegos, varones en su inmensa mayoría, atribuyeron a la entelequia «Mujer». Creo que el mérito –si alguno tiene– de aquel trabajo que desembocó, parcialmente, en *Las redes del enigma*, fue poner de relieve la temática de las *voces femeninas en el pensamiento griego* (dije y subrayo «en el pensamiento», porque hay quien percibe en esta tesis la afirmación de que las griegas históricas hablaban mediante enigmas en su vida cotidiana y esa lectura me deja estupefacta).

En fin, como dices, Casandra fue en 1980, cuando la Historia de Grecia daba por nula la palabra femenina. Implícitamente, el estudio del mito trataba de alertar sobre lo «in-audita» que seguía siendo la intervención institucional de las mujeres, incluso en las democracias de *vieille date*, como la francesa. Más tarde, a lo largo de la década de los 90, el tema del lenguaje femenino en la Antigüedad fue muy atendido, tanto por investigaciones anglosajonas (véase, por ejemplo, Holst-Warhaft, *Dangerous Voices*, 1992; King, *Woman's power, man's game*, 1993; McClure, *Spoken like a women*, 1999...), como latinas (Caballero y Huber, *El discurso femenino en la literatura grecolatina*, 2000, etc.).

No es casualidad que la proliferación de ensayos sobre esta temática coincidiera con la lucha por la paridad en las instituciones de finales de milenio. En las esferas del feminismo se detectaba una cierta exasperación por la lentitud con la que las mujeres iban accediendo a los cargos políticos. *Les lois de parité*, votadas en Francia en 1999, le dieron un impulso sorprendente a esta aspiración democrática. ¡Y cómo ha cambiado la situación desde entonces! En este sentido, estamos viviendo la era más democrática de la democracia. El milagro de este sistema político consiste precisamente en esto, en su vocación constante de apertura hacia la igualdad social.

*Todavía en 2019 dedicaste a Casandra el artículo «Un logos des-autorizado en el escenario de la Atenas democrática (y en Wikipedia)». ¿Qué significado tiene para ti esta figura, quizás la más trágica y de mayor actualidad del teatro griego?*

Así es. Desde la primera etapa de mi trabajo, a la que acabo de referirme, los aproximadamente doscientos versos que componen la escena de la profeta en la *Orestía* siguieron siendo una fuente de inspiración para mí. Por ejemplo, en *Democracia y tragedia: la era de Pericles*, queda muy claro que lo esencial del espíritu trágico, en el sentido de espíritu crítico, democrático, lo percibía yo en esta aristócrata esclavizada, virgen de Apolo y amante del rey de Micenas, bárbara y sabia reveladora de los peligros que acechan a la ciudad dominada por la tiranía. Esta encarnación de la sutil gama de categorías sociales que puede revestir la mujer griega maneja como ninguna de ellas el amplísimo abanico de las «voces» contrapuestas al varonil logos, o sea al «discurso»: desde el aullido salvaje, hasta la declaración de rebeldía, la ordenada argumentación de su desobediencia, pasando por los «enigmas in-creíbles» que consagraron su celebridad.

La escena de Casandra se me representa como el núcleo de la *Orestía*, para mí la obra por excelencia, la que reflexiona sobre «lo divino y lo humano», sobre la maldad de lo primero y el endiosamiento de lo segundo, sobre la anarquía, los regímenes monárquico y tiránico, sobre la feminidad (no siempre encarnada en cuerpo de mujer) y sobre la hombría (que en el *Agamemnon* personifica, ante todo, la feroz Clitemnestra). Y todo ello a la luz del naciente pensamiento democrático. Todo está en la *Orestía* de Esquilo, poeta homerizante, se dice, pero también absolutamente moderno.

De todas las maneras, en cuanto a versiones contemporáneas de piezas áticas, a Esquilo le ganan de largo Sófocles con su *Antígona* y Eurípides con su *Medea*. Estas otras dos desobedientes, con sus dosis de bélica bravura, son también portentosas. Ellas me

guiaron, sobre todo, en el ensayo *De Amazonas a ciudadanos* («ciudadanos» en masculino, que este título suele leerse mal), en donde las estudio desde la perspectiva de la dialéctica que establecen con la rígida normatividad cívica puesta en boca de dos varones inflexibles: el autoritario Creonte y Jasón, el aprovechado.

*En el libro, Feminidades y convivencia política en la antigua Grecia, que acabas de publicar, realizas un estado de la cuestión muy sugerente y útil de la mayoría de los temas que centran actualmente los estudios de género en la Grecia antigua en «... un recorrido que atiende a la complejidad de las relaciones entre hombres, mujeres y no binarios, así como a la de sus representaciones icónicas en aquellas comunidades cívicas cuya estela sigue chispeando en las del Occidente contemporáneo».*

En efecto, esta ha sido la intención primera: mostrar cómo los textos clásicos llegan a interpelarnos cuando los interrogamos adecuadamente. En este libro, la temática de las identidades de género tal y como los antiguos las imprimieron, tal y como nosotros seguimos cuestionándolas, podría hasta quedar como en un segundo plano, como el hilo conductor que permite ejemplificar la mutua interpelación a la que me refiero.

Por poner un ejemplo muy puntual, el ejercicio que más ha interesado en mis clases de finales del curso pasado y de este curso, es decir, en las clases del periodo de pandemia, ha sido el comentario del texto sobre la peste del 430 a.C., escrito por Tucídides con el objetivo explícito de que «en el caso de que, algún día, la enfermedad sobreviniera de nuevo», se estuviera en las mejores condiciones «para no errar en el diagnóstico al saber algo de antemano».

Reconocemos nuestra propia experiencia en la manera que tuvo el historiador de alertar sobre el mayor riesgo que corren los cuidadores de los contagiados, los peor instalados en la ciudad y los refugiados, sobre la importancia de la salubridad del agua y de la higiene para combatir el mal. Por el contrario, «la ciencia humana», que el historiador señalaba como incapaz de hacerle frente, se muestra más eficaz en nuestro tiempo. El texto permite valorar, desde una perspectiva muy distante en el tiempo, tanto la perseverancia en los errores como los avances propios de los humanos. En definitiva, el pensamiento de Tucídides sigue suscitando cavilaciones.

*Tras recorrer Feminidades y convivencia política, veo que se pueden tambalear certezas como esta afirmación del orador del Contra Neera, «a las heteras por placer, a*

*las concubinas para el cuidado diario de su cuerpo y a las esposas para tener hijos legítimos y contar con una fiel guardiana en el hogar».*

Bueno, este libro lo he elaborado, precisamente, al hilo de la idea de que aquella sociedad no estaba tan bien, digamos, «estabulada» –empezando por las dos identidades de género dominantes– como sus demagogos pretendían.

No es que esté en contra de la idea de mi directora de tesis con respecto a la exclusión femenina en la Atenas democrática. El alejamiento institucional de las ciudadanas atenienses no deja lugar a dudas. Sin embargo, numerosas fuentes antiguas permiten entrever la actividad de las griegas. Conocemos muy diversas categorías femeninas, cada vez se descubren y clasifican antropónimos que no pasan desapercibidos en proyectos de investigación punteros, como el dirigido por Violaine Sebillotte-Cuchet en el ANHIMA de París. También se sabe desde hace décadas de los trabajos que realizaban las mujeres, de sus funciones religiosas, de sus responsabilidades en la *oikonomía*, de sus momentos de asueto, de sus gustos estéticos, de la educación que recibieron en diferentes ciudades y épocas, como la Mitilene de Safo, Esparta o la Atenas clásica... Las fuentes antiguas son tacañas a la hora de informar directamente sobre la mujer de a pie, la que no es «primera dama» ni protagonista de hazaña memorable alguna. Pero leídas con intención, dichas fuentes dan a ver esa «convivencia política en toda su mixtura» en la que me he recreado mientras componía el libro.

Cuando comparo fuentes clásicas concretas con las interpretaciones de las mismas que hemos heredado, encuentro que la discriminación negativa de la mujer –y no digamos ya de lo femenino en el hombre– se muestra menos enérgica en dichas fuentes clásicas que en la mirada de los estudiosos románticos, deslumbrados por el exotismo de las sociedades islámicas que visitaron. Contrariamente a lo que ocurre en algunas de éstas últimas hoy en día, el orden patriarcal que reinó en Grecia no era especialmente perverso.

En definitiva, no sabría decir si la Historia evenemencial de Grecia puede dar mucho más de sí, pero hay temáticas y perspectivas cuya exploración están aportando mucho a problemáticas muy vivas hoy en día. En la actualidad sabemos lo suficiente como para poder apreciar una Grecia en femenino más allá de las damas de la élite, como para percibir sin gineceos las épocas más específicas de aquella cultura, como para sopesar hasta qué punto las categorías de hombre y de mujer fueron cuestionadas, por ejemplo, con la propia visibilización de figuras no-binarias. Aún y todo, los lugares

comunes a propósito del pasado de la mujer occidental tardarán en desaparecer: el legado griego incluye algunas sentencias que leídas llanamente, sin contextualización, y divulgadas como esencia de la reflexión griega sobre identidades de género siguen impulsándolos.

Una de estas sentencias es la del orador al que acabas de aludir. Aquella otra, atribuida al demócrata Pericles por el oligarca Tucídides, que describe el silencio como «el mejor atributo femenino», tampoco está mal. ¿Cómo se puede tomar esta sentencia por una descripción histórica real de la cultura más locuaz de la Historia? En fin, el que haya ocurrido ha supuesto también un gran estímulo para la investigación. Así es como hay que verlo.

*Como bien subrayas al inicio de tu último libro, citando a Louis Gernet, una virtud incontestable de los helenos consistió en someterse a sí mismos, a su orden social, a un continuo cuestionamiento. ¿Hasta qué punto podrá sobrevivir este paradigma griego en las desfallecientes democracias occidentales?*

Esa es la gran pregunta. Se ha escrito tanto y tan bien al respecto que el intento de responderla resulta incómodo. Yo sólo he abordado la cuestión de «La Antigüedad y el ahora», que ya es bastante osadía. Sobre la Antigüedad y el futuro ¿quién sabe? Es plausible que el referente griego nos sobreviva como generación, que perviva mientras subsistamos como cultura occidental, la cual es de carácter finito, como todas las que le precedieron. Conviene no olvidar esto último.